

ción de Miguel Zugasti, «un rescate de primer orden para el mundo de las letras españolas, pues cuatro siglos después de haberse escrito ya es posible volver a leer la crónica de este naufragio y peregrinación por la costa de Esmeraldas (en el Pacífico ecuatoriano), narrada en primera persona por uno de sus protagonistas y escasos supervivientes» (26).

Pensando en los no familiarizados con las crónicas esta edición moderniza «el texto base sin traicionar el espíritu del original, buscando el equilibrio entre la fidelidad al modelo y la cercanía a los usos lingüísticos del siglo XXI» (41). Los ocho libros de que consta el ejemplar (disponible en internet) están a su vez divididos en capítulos con títulos que aluden a su contenido. Por otro lado, se transcriben los textos introductorios o paratextos: el Privilegio, la Dedicatoria a la Excelentísima señora doña Juana de Sandoval, condesa de Niebla, y el breve texto «Al lector» que firma Gobeo de Vitoria, y se añaden notas al pie y notas complementarias (219-56) para esclarecer el léxico, personas o acontecimientos históricos.

En 1610 aparece en Sevilla *Naufragio y peregrinación de Pedro Gobeo de Vitoria, natural de Sevilla, escrito por él mismo*, gracias a las gestiones de la madre del autor, Isabel de Mena. En las palabras iniciales se explica el triple objetivo del libro, tanto de orden lite-

DOI: 10.15581/008.40.1.398

Zugasti, Miguel, ed.

Pedro Gobeo de Vitoria. *Naufragio y peregrinación*. Barcelona: Crítica, 2023. 258 pp. (ISBN: 978-84-9199-527-2)

Este libro corrobora lo inabarcable y disperso de la historiografía americana y cómo en ocasiones un título puede darse por desaparecido durante siglos y volver a las manos de los lectores gracias a un encuentro fortuito. Es el caso de *Naufragio y peregrinación*. El hallazgo del único ejemplar conocido ha hecho posible la presente edi-

rario, para dar gusto a los ingenios curiosos, como los de orden moral, para demostrar que la providencia no desampara al hombre y para que sirva de desengaño para los placeres terrenales. A pesar del olvido del texto durante cuatro siglos, no fue desconocido para los investigadores, según apunta el editor, citando a críticos y bibliófilos tan relevantes como Irving Leonard, quien registra 6 ejemplares en un cargamento de 140 volúmenes con destino a Concepción en Chile; y también Antonio de León Pinelo y Nicolás Antonio, quien declara haber conocido al autor (20-22) y da noticia de una versión al latín que se envió a Alemania donde se tradujo al alemán en 1622 y luego de nuevo al latín en 1647.

El viaje de Gobeo apenas tuvo eco en el siglo XVII. Un ejemplar de la Biblioteca de México desapareció; otro que circuló en algún momento se ha perdido sin rastro. Tenemos que llegar hasta el hallazgo del que da cuenta el latinista Raúl Manchón Gómez, quien se fija en la versión alemana en latín, y en 2004 localiza un ejemplar de *Naufragio y peregrinación* en la universidad alemana de Mannheim, único ejemplar que se conoce de la publicación de 1610. Al libro le faltan 16 páginas y el final queda trunco. De «perfecto desconocido» califica Zugasti a Pedro Gobeo de Vitoria, pues no tenemos más noticias que las que proceden de su propio libro, que nos

habla de su madre y de una hermana. Por Nicolás Antonio se sabe que falleció a los 70 años, hacia 1650. Por tanto, su viaje al Perú lo empezó en 1593 y duró dos años. El 19 de septiembre de 1597 ingresa en la Compañía de Jesús, y se supone que formó parte de ella hasta 1610. Alrededor de ese año vuelve a Sevilla y abandona la Compañía. Poco se sabe de esta época, ya en España, salvo que en 1631 aspira a ser oficial de la Inquisición y se somete al proceso de información sobre la limpieza de sangre, que tiene el interés de contener un documento de puño y letra de Gobeo (36-38).

El *Naufragio* alcanza un notable nivel narrativo. Es evidente que la crónica pertenece al cauce abierto por los *Naufragios* de Alvar Núñez Cabeza de Vaca (1542), puesto que el propio Gobeo no lo oculta, y elogia su valor y hazañas en el *Libro séptimo* (197). Del mismo modo pretende contar aventuras presenciales «no narrando historias que oí de lejos o que llegaron a mis oídos» (70), y como Núñez, cuenta las desdichas sufridas en un viaje a las Indias, con una diferencia importante: el jerezano formaba parte de la expedición de Pánfilo de Narváez a la Florida en 1527 y Gobeo de Vitoria sale de su tierra por un afán de aventuras y de riquezas; como dice en el *Libro primero*, deseaba «hacer el viaje a Tierra Firme para desde allí pasar al Perú, de cuyas

grandezas había oído harto» (73) porque «un hombre no había de vivir encerrado entre las paredes de su casa y en un rincón de la Tierra sin verla toda» (70). La fecha de salida se documenta con afán de exactitud: parte el 27 de septiembre de 1593 con 13 años de edad. Pronto entra en las descripciones del viaje, las tormentas, la lamentable situación de los galeotes y el miedo de la travesía; y la llegada a Margarita con la descripción minuciosa de las batallas, enfermedades y penalidades al rechazar a los piratas. Del *Libro segundo* al *Libro séptimo* transcurre el itinerario del viaje de Panamá a Perú, lo que significa el comienzo de los mayores sufrimientos. La fragilidad del barco obliga a una parte de los pasajeros, engañados acerca de la distancia, a caminar por la costa hasta Manta. Son días de hambre, desnudez, enfermedades, heridas y muerte de compañeros, aunque no se prescinde de algún momento de humor, como cuando intentan dormir arracimados bajo la capa del clérigo para protegerse de los mosquitos (139).

Una diferencia con la crónica de Cabeza de Vaca es que Gobeo no se detiene tanto en las descripciones de los indios, aunque hay referencias a ellos, como los que encuentran procedentes de Arica, que habían sido capturados por un corsario inglés y que les ayudan a construir balsas para

vadear los ríos y las ciénagas. Es impresionante el intento de cruzar los tres brazos de mar (Quijimíes) y cómo las dificultades los cohíben preparándose para la muerte hasta cavar su sepultura. Y sin embargo la esperanza retorna al encontrar cangrejos comestibles en la playa.

Como en tantas otras crónicas, el autor intercala recuerdos propios, como cuando explica su prevención a comer cualquier tipo de animal crudo. E historias especiales como el relato intercalado de santa Teotista, monja de Lesbos, que ocupa todo el *Libro sexto* y que el clérigo cuenta a petición de los compañeros. Incluso indirectamente el problema de la esclavitud y sus consecuencias está implícito en la crónica, sobre todo en el *Libro séptimo*, en el que un mulato se identifica como hijo de Alonso de Illescas, libertado cimarrón fundador del Reino de los Zambos de Esmeraldas.

El *Libro octavo*, «En que se da fin al camino y prosigue hasta fenecer cosas del siglo, y acaba entrando en religión», algo apresurado, adopta el carácter de epílogo, al dar cuenta de una larga caminata de más de 800 kilómetros. Ello supone el fin del trayecto, pero no de las penalidades; se encadenan más enfermedades y males varios hasta llegar a Manta y luego a Panamá. En este momento termina el ejemplar de Mannheim, el resto se suple con la traducción al latín y la del

alemán clásico (véase la nota del editor en la página 216). El resumen da cuenta de su embarque para Lima y luego a las minas de oro, donde pasa tres años, para luego solicitar la entrada en la Compañía de Jesús.

Es evidente que el autor era un hombre culto y ello también lo distingue de Cabeza de Vaca. Escribe el libro desde la madurez de un clérigo jesuita que había tenido acceso a una formación y unas lecturas. Sabe latín, cita autores latinos y griegos, conceptos filosóficos y culturales, y libros religiosos. Sabe también combinar la retórica y la narrativa, como se puede

apreciar en intervenciones como la de la madre, la arenga de Pedro de Acuña a las tropas que aduce el recuerdo del valor de la Reconquista o el parlamento de despedida en la muerte del amigo de 17 años, emotivo y retórico a la vez.

En definitiva, un libro de gran interés tanto para el lector aficionado como para el investigador, un libro con el que la historiografía tendrá que contar en adelante.

Carmen Ruiz Barrionuevo
Universidad de Salamanca
barrionu@usal.es